

A woman with long dark hair and green eyes is shown from the chest up. Her hands are pressed against her mouth, covering it completely. The background is a dark, misty forest with tall, thin trees. Overlaid on the entire image are various chemical structures, including hexagons, pentagons, and lines representing bonds, some with 'O', 'H', and 'C' labels. The overall tone is somber and mysterious.

INMA SHARII

IRANIA

Mi historia comienza cuando
termina mi vida

Anima

INMA SHARII

IRANIA

Prefacio

Mi historia comienza cuando termina mi vida. Tuvo que ser así, ahora lo sé y nadie pudo impedirlo. Me habían enseñado a creer que no tenía elección, que debía conformarme con quien decían que yo era. Entonces dejé de soñar, dejé de creer en mí, me abandoné y enfermé por dentro de locura.

Yo morí, mi muerte fue lenta y agónica. De hecho nací muerta y ciega, como la mayoría de las personas de este mundo; en una sociedad que jamás se pregunta por qué hace lo que hace, si lo hace porque lo siente o porque le dijeron que así debía ser. Pero yo me rebelé y perdí mil batallas, pero gané la libertad.

Dicen que estoy enferma porque veo lo que otros no ven. Ellos no me entienden pues me juzgaron antes de amarme. Si me hubieran amado tal como soy la pesadilla que viví no habría sido necesaria. ¡Qué distinto habría sido todo! Yo solo quería ser feliz y sentirme amada. ¿Acaso pedía tanto?

Ahora miro atrás y casi no reconozco el rostro que aparece en la fotografía de la tumba. Ya nada queda de Sandra Ros. Me duele no encontrarla en los rincones de

mi memoria, pero ya no puedo alcanzarla. ¿Acaso fue real? ¿Alguna vez existió?

He tenido que llegar hasta aquí para recordarte. Recordar me da fuerzas para seguir creciendo y para seguir teniendo esperanzas.

Sé que hay algo más, me transmiten sus tristes ojos. Ella lo sabe, sabe que nada ni nadie, puede apagar la llama de la verdad que habita en un pequeño cajón del corazón. Por eso resistió, latente, a la espera que una ligera brisa de confianza la avivara.

Entonces me levanto del frío mármol y acaricio con las yemas de los dedos cada una de las letras que forman su nombre. Luego apoyo la frente sobre la piedra y cierro los ojos.

Sé que me estás escuchando. Se hará justicia, te lo prometo. Ahora ven conmigo, adéntrate en mis recuerdos. No temas. Tú tienes la suerte de estar ahí fuera. A ti ya no podrán hacerte daño. Pero yo tengo la necesidad de explicártelo.

Te preguntarás quién soy. Esta misma pregunta costó la vida de Sandra pero también a descubrir el viaje de mi alma.

Porque no puede contenerse tanta vida en una sola existencia.

Yo soy Irania.

Yo soy la que yo soy.

1

Lleida, 1986

— ¡Cállate! No hables o nos encontrarán— dijo Aurora tirando varias veces de mi mano.

— Tata, tengo miedo, no me gusta este juego, está muy oscuro— le dije entre sollozos, aferrándome fuertemente a su cintura.

Se oyeron rumores a lo lejos, voces de hombre, luego cánticos como los que se oyen en los conventos, pero más pérfidos y tenebrosos.

De pronto escuchamos unos pasos firmes y pesados crujir la tierra que cubría el suelo acercarse en nuestra dirección.

Salió un quejido de mi garganta.

Mi hermana me tapó la boca y me dijo en voz baja:

— Sandra, no te muevas. Ahora vamos a jugar al escondite.

— Vale, pero luego vamos a casa a merendar— contesté enfurruñada.

— ¡No están, Señor! —exclamó una ronca voz de hombre a lo lejos— ¡Las niñas se han escapado!

Aurora tiró de mi mano y me condujo por un túnel oscuro, lúgubre y húmedo.

Mis pequeñas piernas no podían seguir sus pasos.

— ¡Cogedlas! ¡Que no salgan de aquí!

Mi hermana aceleró el paso, casi me llevaba a rastras.

— ¡No quiero jugar más!— me quejé.

— ¡Corre! —gritó Aurora.

Me detuve en seco y solté la mano de Aurora.

— ¡Tata, espera! Mi bolsito, se ha roto—le dije mientras me agachaba al suelo para buscarlo.

— ¡Corre Sandra! —escuché a lo lejos.

De pronto sentí unos pasos detrás de mí.

— ¿Tata? —Pregunté— ¡Mira ya lo he encontrado! —le dije a mi hermana, entusiasmada con mi bolso, ajena a todo peligro. Pero ella ya no estaba.

Giré mi rostro y una luz me cegó la visión. Asustada eché a correr, pero tropecé y caí de bruces en el suelo. Probé el sabor de la tierra en mi boca.

De pronto sentí una fría garra sobre mi pierna.

— ¡No, suéltame!—chillé mientras pataleaba— ¡Tata ayúdame, me comen por los pies!

*Barcelona,
Veinticuatro años después*

Cuando extendió el frío gel sobre mi vientre me encogí por unos segundos. Con los ojos fui siguiendo la pantalla a la vez que observaba con detenimiento las facciones del doctor Aranda.

Olía a recién afeitado. Quizá no era consciente, pero cuando levantaba las cejas o se rascaba el mentón, mientras miraba el monitor, conseguía poner todas mis neuronas en alerta. Aunque siempre había tratado de ser amable conmigo, yo sentía que le costaba esfuerzo sobrehumano levantar las comisuras de los labios para sonreír. Y en aquel instante lo necesitaba, un poco de calor, una mano amiga en aquella fría habitación.

Salió un largo suspiro de mi boca.

Pensé que me habría gustado escoger otro especialista, pero ni tan siquiera en eso tuve libertad de elección.

—Está todo correcto, señora Ros, no debe preocuparse —me dijo.

— ¿Seguro?— insistí.

—Las pequeñas pérdidas entran dentro del cuadro sintomático normal, en el segundo mes de gestación.

Mientras me vestía detrás del biombo, no pude evitar pensar en Joan. Este pensamiento tiñó de gris la alegría que había sentido minutos atrás.

Al salir del consultorio me dirigí a la cafetería que tenía la clínica en la planta baja. Había quedado allí con mi madre. La encontré sentada, de espaldas a la puerta. Miraba por la cristalera que daba a un jardín interior lleno de palmeras exóticas. Debía estar absorta en sus pensamientos, porque yo sabía que no le gustaban las plantas y llevaría, por lo menos, varios minutos removiéndolo el café con la cucharilla. Era una manía que tenía que me desesperaba.

El ruido de mis zapatos de tacón hizo que girara su rostro.

Al verme me escaneó con rapidez. Debió ver una ligera sonrisa en mis labios, algo que hizo que terminara su angustia. Entonces las facciones le cambiaron y se levantó de golpe de su asiento.

— ¡Me alegro mucho por vosotros hija mía!— Dijo mientras me abrazaba con fuerza—. Sabía que lo conseguirías. Con la llegada del bebé todo cambiará—añadió.

Respondí con una sosa mueca.

No se percató que mi cuerpo estaba tieso como una escoba. Pensé que escuchar la noticia de que mi embarazo iba *viento en popa* iba a hacerme sentir inmensamente feliz, sin embargo permanecía impassible ante los abrazos y caricias de felicitación de mi madre. Parecía irónico que ella sintiera más ilusión que yo misma, pero así era; estaba muerta de miedo.

—Joan no ha podido venir—murmuré.

Ella ladeó su cabeza y me pellizcó el mentón. Debí de parecerle tonta o frágil. De aquellas mujeres que necesitan siempre que sus maridos estén a su lado en cada momento. Pensé que iba a responderme lo que le había oído decir a mi hermana: que en sus tiempos estas cosas eran solo de mujeres y que los padres, solo veían al hijo

después de nacido y aseado. En condiciones, según sus palabras.

Joan había olvidado nuestra cita. Le había dejado varios mensajes a su secretaria para que me llamara urgentemente, pero no había obtenido respuesta. En aquellos instantes sentía que no le importaba demasiado y no llegaba a comprender el motivo.

—Es normal, hija, tiene mucho trabajo; ya sabes que está con un proyecto muy importante — me contestó.

No me sorprendió su respuesta, siempre terminaba excusándolo. Tenía una vena machista que me había querido inculcar desde niña. Para ella era normal pero yo, aunque no decía nada, me rebelaba en mi interior.

—Siempre son importantes— murmuré.

Pero no me servía de nada. Mi rebeldía terminaba en muecas, gestos y algún resoplido que otro, no me atrevía a exteriorizar más allá. Me habían domesticado muy bien. Tenía un rol que interpretar en una función teatral. Una obra en la que yo era la hija de una familia que venía de abolengo tan rancio, que incluso contábamos con unas gotitas de sangre real. Todos los miembros de la familia se tomaban su papel muy en serio. Y querían que yo también lo hiciera. Y lo intenté.

Tenía todo lo que se podía comprar con dinero pero yo no era feliz. Sé que es un dicho manido y conocido pero en mi caso era verdad. Quizá esta situación para otros era un regalo, pero para mí no lo fue. Mucho antes de saber quién era yo, mi vida se había basado exclusivamente en satisfacer los deseos de mis padres, en todos los sentidos. Pero de esto me di cuenta después de años de luchar contra mí misma.

Cuando me sentía mal, cosa frecuente, visitaba a mi amiga Lila. Ella era vidente. Lila era mi secreto y me gustaba que siguiera siendo así. Yo no fumaba, tampoco bebía, las consultas del tarot eran mi vicio, mi cortina de humo. Su salita se había convertido en mi reino de magia particular. Una hora donde podía ser yo misma, desplegar todas mis angustias y mis miedos sin sentirme criticada ni juzgada por nadie.

La primera vez que la llamé me puse nerviosa, bueno, la segunda, porque la primera vez colgué el teléfono al oír su voz y no volví a llamar hasta pasados unos días. Había escuchado tantas cosas y tan confusas sobre las videntes que en el último instante me eché atrás. Pero me había gustado su nombre y solo por eso y porque estaba lejos de mi barrio, me animé a pedirle una cita. No sé porqué lo hice, ni siquiera recuerdo lo que estaba haciendo en ese momento. Lo que sé es que yo estaba mal, mucho peor de lo que quería reconocer. Estaba frustrada con mi vida, amargada o incluso depresiva. Había llegado a un punto de inflexión donde las situaciones que vivían ya no daban para más. Había succionado la vitalidad de mi entorno, hasta casi no dejar resquicio de alimento. Eso era: alimento, necesitaba alimento para mi espíritu y en mi familia ya no podía encontrarlo. No era consciente de esto pero yo buscaba y buscaba aquello que pudiera darme una chispa de magia, pues ya había dejado de creer en el mundo que habían construido otros para mí.

Recuerdo los nervios que sentí la primera vez que fui a su consulta, en un piso de un antiguo edificio, cerca de Avenida del Paralelo. Había ascensor pero un cartón mal cortado que pendía de la puerta decía: “ABERIADO” en rotulador negro. Y durante años siguió así. Mientras subía analizaba el olor de aquella comunidad de vecinos, una mezcla de aromas difícil de descifrar. En un

rellano olía a pescado frito, en otro tramo inmediatamente cercano a curry y seguidamente a estofado de carne. Se olía la vida del hombre de oscura tez, que te servía el café con leche cada mañana con una sonrisa; de la mujer, venida de tierras lejanas que guardaba las propinas en un bote de galletas con la promesa de un futuro mejor, pero sobre todo olía a esperanza. Un olor que había dejado, hacía muchos años, de sentir.

La mujer que me abrió la puerta echó por tierra todos mis esquemas mentales. Yo la había imaginado con un turbante en la cabeza y una túnica plateada brillante de *strass*. Ya venía preparada para eso y Lila me defraudó. Lo único que parecía destacar en ella como extraño o insólito para mí, era un colgante con un símbolo que luego supe que era celta. Era de estatura baja, estrecha de pecho y ancha de caderas. Con forma de pera, habría dicho mi cuñada Marta.

Parece ser que yo también la defraudé, aunque en aquel momento no lo demostré. Solo me recibió con una amplia sonrisa.

Más tarde me confesó que la primera vez que me vio entrar por su puerta, también me juzgó por la apariencia:

—Me pareció que te habías equivocado de piso —me dijo riendo y gesticulando con las manos —, tan elegante y esbelta; con tu traje de alta costura; tu bolsito de piel; tu cabello perfecto, liso, de brillantes mechones rubias. Pensé que venías a venderme jabones o cremas.

Ella tenía razón, no debía de ser el tipo de mujer que encajaba en su larga lista de clientes y clientas. Imaginé que debió de preguntarse fugazmente que podía querer una mujer como yo, con estudios y racional, de una tarotista de barrio.

— ¡Sandra! —exclamó al verme aquella cálida mañana de otoño —Pasa, cariño ¿No tenías visita con el médico hoy?— me preguntó mientras me daba dos besos en la mejilla— Tienes mala carita.

Lila me acompañó hasta la sala de estar de su apartamento.

Su casa siempre me pareció acogedora, aunque de pésimo gusto en la decoración. Lila mezclaba colores y estilos sin ningún fundamento. Cuando me decía que su apartamento de ochenta metros cuadrados era muy grande y que no le alcanzaba ni para las cortinas, yo miraba a mi alrededor y asentía por cortesía.

Alguna vez me atrevía a darle consejo sobre decoración, de lo que había aprendido de mi madre, pero Lila siempre resoplaba y levantaba una mano. Decía que como se compraba las cosas sueltas y de año en año, acababan por pasar de moda. Pero aún dentro del batiburrillo de colores y adornos, acababa aflorando la personalidad excéntrica y cariñosa de mi amiga, una esencia que lo impregnaba todo.

—Voy a traerte una tila.

Ya no me preguntaba si me encontraba mal, ya sabía que me encontraba mal, y como un acto instintivo en ella, me traía una infusión de tila, a la cual añadía miel. Decía que me ayudaba a comprender mejor los mensajes de las cartas. Yo no creía mucho en los efectos medicinales de las plantas pero estar con Lila me hacía sentir mejor, y eso era lo único que me importaba.

Su gato negro, se subió al sofá y se sentó sobre mis piernas. Según mi amiga, lo hacía con todos los clientes que llegaban. Ella decía que los gatos estaban conectados con otras dimensiones y que percibían las malas vibraciones que traían las personas (aunque esto me lo dijo más tarde). Samuel, que así se llamaba su peludo com-

pañero, tenía asignada la función de calmar y equilibrar el ambiente de la sala. Lila tenía otra gata llamada Estrellita, era tan blanca como la nieve y de ojos azules; pero Estrellita no solía acercarse, más bien se mantenía alejada y expectante desde su silla preferida. Mi amiga siempre andaba preocupada por ella porque vomitaba casi todo lo que comía. Decía que era por su extremada sensibilidad.

Me parecía tan raro lo que me explicaba que lo único que se me ocurría decir era: *claro, claro*, y asentía porque en el fondo la respetaba. Tenía una actitud de entereza que admiraba. Lila era una mujer sabia a su manera. Había aprendido mucho durante los años que llevaba ejerciendo. Quizá no tenía un diploma de psicología que la avalara colgado de la pared, pero conocía los rincones intrínsecos de la mente y las emociones como la mejor de las catedráticas. Había comenzado de adolescente echando las cartas a sus amigas como diversión hasta que terminó haciéndolo su profesión por gusto y por necesidad.

Me quité la americana blanca de piel que llevaba y la dejé caer sobre el sofá biplaza azul.

—Joan no ha venido, ni siquiera me ha llamado y sabía que tenía la ecografía. Siempre hace lo mismo, todo es más importante que yo y su hijo —comenté resentida.

Observé que Lila recolocó la americana con cuidado sobre la silla. Recordé que lo había hecho en otras ocasiones pero aquella tarde me molestó, quizá porque ya venía angustiada, me pareció que pensaba de mí que era una estúpida malcriada.

—Pues no entiendo, estaba como loco cuando se enteró de que te habías quedado. ¡Y te lo demostró con creces!— Me dijo señalando el anillo de platino y diamantes que lucía en mi mano izquierda.

Mire el anillo y me encogí de hombros.

—Sí, estaba tan feliz, nunca lo había visto así —el recuerdo me hizo sonreír por unos instantes—. Por eso no entiendo porqué ahora muestra tan poca ilusión. Me hace pensar que solo buscaba tener descendencia, pero ahora que ya sabe que la va a tener, es como si yo no le importase. Ya no me ama, nunca me ha querido —le confesé mientras daba vueltas al anillo en mi dedo con nerviosismo.

Sin darme cuenta Lila se había convertido en mi mejor amiga y confiaba en ella, quizá demasiado. Yo era una buena clienta, de hecho, la mejor que tenía. Al principio comencé a ir cada quince días, luego cada semana y por aquel tiempo varias veces en la misma semana. Mis padres no sabían nada de mis visitas con ella. Jamás me lo habrían permitido y Joan tampoco, aunque tenía la sensación que le habría dado igual.

Ellos eran escépticos, creían en la medicina, en los fármacos que todo lo curan y en el psicoanálisis. Antes yo también pensaba como ellos, pero en aquellos momentos de mi vida necesitaba respuestas para las sensaciones que hervían en mi interior y nadie como ella me reconfortaba. Lo que veía en las cartas me daba consuelo y me hacía sentir menos extraña. Lila me conectaba con aquella parte de mí misma que clamaba salir.

En las tiradas le preguntaba por el futuro, por si Joan todavía me amaba, por si me quedaría embarazada o por si “algo” en mi vida iba a cambiar. También le preguntaba cosas absurdas; bueno, ahora las veo absurdas, pero antes no lo eran y me bloqueaban. No tenía seguridad para pequeñas decisiones que cualquiera hubiera sabido tomar, como estudiar chino en una academia o con un profesor particular.

Al principio Lila aceptaba ese tipo de consultas, pero con el tiempo comenzó a regañarme, quizá movida por la pena que debía causarle mi actitud, o porque ya comenzaba a quererme, como yo a ella, y se preocupaba por mí.

—Pregúntale a tus cartas, necesito consejo— le pedí.

Lila tomó mis manos entre las suyas y las apretó. Las sentí muy cálidas, emanaba una energía reconfortante de ellas. Luego me miró como una madre miraría a su hija pequeña al pedirle una ración extra de helado.

—Cariño, te eché las cartas ayer—me dijo.

—Te pagaré el doble —le contesté.

Hizo una mueca de disgusto con su boca y soltó mis manos para cruzarlas sobre su pecho.

—Sabes que ya no es por el dinero. ¡Me molesta que digas eso! Lo hago por tu bien, para que sigas tu propia intuición. Tu madre te ha estado manipulando toda la vida, diciéndote lo que tenías que hacer, dónde tenías que ir. Pero eso debe terminar. Algún día tendrás que cortar con esa actitud. ¿No ves, cariño, que te hace mal?

Me sentí tan desesperada con su negativa. ¿Qué vio en mis ojos que la convencieron? ¿Tanta angustia desprendían?

Resopló y se levantó.

—Está bien, pero no vuelvas a venir en toda la semana.

Me levanté del sofá y me senté en la silla junto a la mesa camilla donde Lila echaba las cartas.

Yo seguí con la mirada cada uno de los rituales que hacía para purificar la sesión en la salita de estar. Un repetido ceremonial que no dejaba de maravillarme.

Mientras Lila encendía una vela blanca, oí un perro ladrar en la lejanía. Tras la ventana de la habitación podía ver como unas jubiladas se habían parado justo en la acera de enfrente para recobrar el aliento, llevaban sus

cestos de mimbre cargados de fruta y los tobillos hinchados. Yo nunca había tenido que hacer la compra de alimentos, ni había tenido un trabajo duro, pensé que no tenía derecho de sentirme mal cuando la vida había sido tan generosa conmigo, pero no lo podía evitar, tenía una angustia que no podía eliminar de mi corazón.

— ¡Corta!—ordenó Lila cuando me pasó la baraja.

Recobré el *aquí y el ahora*. Con la mano izquierda corté el mazo en tres montones.

Lila comenzó a disponer las cartas sobre el tapete morado, estampado en alegres estrellas y lunas amarillas, en un orden que solo ella entendía. Las cartas parecían hablar en un lenguaje que comprendía a la perfección, mientras sus penetrantes ojos azules iban leyendo un invisible mensaje, al rozar con sus dedos los arcanos.

Me había acostumbrado al estado que tomaba Lila cuando leía el tarot, parecía estar poseída por una magia que la hacía oscilar muy levemente, imperceptible. Los ojos muy abiertos me asustaron en un principio, la voz se le afinaba y parecía más dulce y cariñosa. ¡Era mágico!

—Sandra, veo el mismo cambio que te anuncié hace meses: tu embarazo y todos los acontecimientos que lo envuelven; aumento de vida social y esas cosas—me decía mientras señalaba el arcano con la figura de una rueda, como si yo comprendiera lo que aquello significaba—. Esto va a ser un gran cambio en tu vida para mejor. Después de tu embarazo todo irá mejor de una manera paulatina, eso sí, debes ser paciente. No será de hoy para mañana.

Lila tosió varias veces.

—Aunque... — sus dedos se detuvieron sobre el tres de espadas. Aquella carta parecía quemarle las yemas de los dedos.

—¿Qué pasa? —interrogué con inquietud— ¿Qué ves?